



# La Santa Sede

---

## ***PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA UNIÓN DE FEDERACIONES JUDÍAS DE ESTADOS UNIDOS***

*Jueves 3 de septiembre de 1998*

*Señoras y señores:*

Os doy afectuosamente la bienvenida a vosotros, representantes de la Unión de federaciones judías de Estados Unidos, y os agradezco vuestra visita. «El Señor os bendiga y os guarde» (cf. *Nm* 6, 24). Vuestra presencia pone de relieve los estrechos vínculos de afinidad espiritual que los cristianos comparten con la gran tradición religiosa del judaísmo, que se remonta a Moisés y Abraham.

Nuestro encuentro es un paso más hacia el fortalecimiento del espíritu de comprensión entre los judíos y los católicos. En la actualidad es muy importante, para el bien de la familia humana, que todos los creyentes trabajen juntos a fin de construir estructuras de paz auténtica. Deben hacerlo no por necesidad política, que es transitoria, sino por la voluntad de Dios, que subsiste para siempre (cf. *Sal* 33, 11). Los judíos y los cristianos seguimos de modo diferente el camino religioso del monoteísmo ético. Adoramos al único Dios verdadero; pero esta adoración exige obediencia a la ética anunciada por los profetas: «Desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, (...) dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda» (*Is* 1, 16-17). Sin esto, nuestra adoración no significa nada para el Dios que dice: «¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones! (...) ¡Que fluya (...) la justicia como arroyo perenne! » (*Am* 5, 23-24).

El libro del Génesis nos brinda la clave para comprender la relación entre la adoración a Dios y el servicio a la humanidad. Vemos en él que todo ser humano tiene una dignidad absoluta e inalienable, porque todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios mismo (cf. *Gn* 1, 26). Por eso, estoy seguro de que compartimos la ferviente esperanza de que el Señor de la historia guiará los esfuerzos de los cristianos y los judíos, así como los de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para que trabajemos juntos por un mundo de verdadero respeto a la

vida y a la dignidad de todo ser humano, en el que no exista ningún tipo de discriminación. Ésta ha de ser nuestra oración y nuestro compromiso.

Que el Señor Dios «ilumine su rostro sobre vosotros y os sea propicio; os muestre su rostro y os conceda la paz» (cf. *Nm* 6, 25-26). Amén.